

*Visión de su ciudad nativa: Cumana, en la obra poética de José Antonio Ramos Sucre**

Oswaldo Larrazábal Henríquez (+)
Universidad Central de Venezuela

Foto: Narciso Pérez García



Coincidente con el mejor espíritu del romanticismo, y de acuerdo a los particulares estados de ánimo que, a menudo, se sucedían y lo caracterizaban, el poeta José Antonio Ramos Sucre logró traducir su apreciación del paisaje natal, refiriéndolo, en múltiples ocasiones y en diversas manifestaciones, a su ciudad de Cumaná.

La constante interferencia de un estado rememorativo nostálgico, pero de una nostalgia condicionada por “espectros”, le permite expresar la variedad de significaciones que esa ciudad y el tiempo de vida en ella, o alrededor de ella, determinaron en el carácter adusto y melancólico del escritor. Ese carácter, moldeado en una especial condición de renuncias y de adquisiciones, ambas aprendidas en los más severos rigores—, lo determinan en una muy personal forma crítica para la apreciación y juicio de esa ciudad que tanto rememoró y a la que siempre estuvo unido por el mejor de los vínculos: el de la nostalgia grande, la nostalgia positiva, la nostalgia del afecto.



Ramos Sucre vivió, y en las menciones a su ciudad esto es evidente, la contradicción existencial del gran romanticismo; y es destacable el hecho de que ya desde sus años adolescentes esta característica le fuera apreciada y develada por uno de sus más entrañables compañeros de generación. En efecto, Cruz María Salmerón Acosta en el poema “Cielo y mar”, que dedicó, ya desde sus años adolescentes esta característica le fuera apreciada y develada por uno de sus más entrañables compañeros de generación. En efecto, Cruz María Salmerón Acosta en el poema “Cielo y mar”, que dedicó, especialmente, a “su hermano” José Antonio Ramos Sucre, delinea con premonitora exactitud lo que sería signo y determinación en ambos poetas, y así dice:

Al extinguirse el último celaje
 copio en mi alma el alma del paisaje
 azul de ensueño y verde de añoranza;
 y pienso con oscuro pesimismo,
 que mi ilusión está sobre un abismo
 y cerca de otro abismo mi esperanza.

queriendo decir y adelantándose a lo que uniría las más dispares distancias que hay entre la alegría y la nostalgia; entre la queja y la exaltación.

En el penúltimo párrafo de una carta enviada a José Silverio González Valera, fechada en Caracas el 20 de diciembre de 1920, Ramos Sucre expresa: “Yo anhelo visitar a Cumaná, a donde haré trasladar mis huesos el día que muera, y por cuyo bienestar sacrificaría con orgullo mi reposo.” A partir de esta actitud definitoria, se puede, a la vez definir —en sujeción a los textos—, la postura emocional de Ramos Sucre con respecto a su ciudad. Actitud que siempre tendrá visos de contradicción, en las aparentes evidencias, pero que sin lugar a dudas es producto de su afecto, de una concepción vital reflexionada y, sobre todo, de la imborrable nostalgia por su tierra.

Si bien su deseo es preciso y conminatorio, las diferentes ocasiones en que hace referencia a su ciudad, están impregnadas por una especie de desconsuelo existencial que lo impulsa a exigir, denunciando la realidad, una transformación que debería propender hacia el vitalismo y la creadora actividad humana. Las ideas están, en este sentido, dirigidas por un romántico pesimismo, indudable reacción del choque espiritual que producía en una mente superior la evidencia de una inamovible certeza: “La aldea en donde pasé mi infancia no llegaba a crecer y a convertirse en ciudad.”¹, dice, recalando, en dolorosa expresión, el sentimiento de algo que retrocedía, siendo producto de un estado general donde se inmolaban las más sencillas formas del progreso, diluyéndose en una apesumbrada rutina que mortificó al poeta y le hizo proclamar la preocupación que aquello significaba: “Había dejado de visitar la ciudad

vecina en donde nací. Me lastimaba la imagen continua de su decadencia.”² Insistente pensamiento que tiene su origen y asidero en otro de mayor contundencia: “mi ciudad nativa, lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral.”³ Frase explicativa de gran parte de su conducta posterior y de su alejamiento hacia horizontes más acordes con la plenitud de su espíritu.

No obstante, muy dentro de él existía el secreto deseo del afecto, y la queja permanente por lo que consideraba una derivación destinista: “Yo no intentaba salir de la ciudad de contorno infecundo, anegada en la arena del litoral.”⁴; asumiendo una tácita analogía entre ese “contorno infecundo”—de tan vasta simbología—, con la imagen reiterativa y agobiadora de su casa, restricción de juventud y recuerdo culposo de sus años fecundos: “Yo no podía sufrir la vivienda lóbrega y discurría por la vega de la ciudad”⁵. Y en esa casa, y en esa ciudad, se fomentaron infinitos sueños que, a través de una vida internamente impetuosa, pero vivencialmente disciplinada y estricta, se empezaron a forjar en fantasmas de la rememoración y del anhelo; que ya no lo abandonarían jamás. Espejismos, como en el título del poema “La ciudad de los espejismos”; invisibilidad de las cosas objetivas y oscuridad absorbente, ingredientes del obsesivo pensamiento que le recuerda la etapa infantil: “Yo cultivo las memorias de mi niñez meditabunda. Un campanario invisible, perdido en la oscuridad.”⁶

Ámbito humano y realidad circundante son factores que irán a determinar lo que después desarrolló conformándolo, el espíritu del poeta: “Yo disfrutaba de la soledad montado sobre un asno y me detenía en presencia de un río sereno.”⁷ Soledad que iba acentuando determinada por “una aridez penitencial” de la que adolecía “El país de mi infancia”⁸. Preocupación principal que recompuso, retrospectivamente hacia tiempos de grandeza original—origen de raza indómita—, y remembranza de grandezas libertarias que recapitulan en la palabra-queja y en la definición contemporánea que habla de su ciudad y la llama “mía”, estableciéndola como “capital de un reino abolido”⁹, donde los habitantes “empezaron a hablar de espantajos y maravillas,”¹⁰; poblando la “más antigua ciudad oriental”¹¹, “lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral.”¹²

Luego; lejano, nostálgico, amparado por sombras y

²“Edad de plata”. En *El cielo de esmalte*.

³“La vida del maldito”. En *Las formas del fuego*.

⁴“El cautivo de una sombra”. En *El cielo de esmalte*.

⁵“El asno”. En *El cielo de esmalte*.

⁶“La ciudad de los espejismos”. En *El cielo de esmalte*.

⁷“El asno”. En *El cielo de esmalte*.

⁸“La zarza de los médanos”. En *El cielo de esmalte*.

⁹“El familiar”. En *La Torre de Timón*.

¹⁰“El familiar”. En *La Torre de Timón*.

¹¹“El familiar”. En *La Torre de Timón*.

¹²“La vida del maldito”. En *Las formas del fuego*.

¹El presidiario”. En *Las formas del fuego*.

también por sonrisas de satisfacción íntima, siente: “asomado a la ventana, la imagen asidua de la patria” 13, y toda la patria se convierte en paisaje y en recuerdos afectuosos. Es el río sereno”14, y el “delgado río de tinta, sustraído de la luz por la espesura de los árboles crecidos, 15; paisaje acondicionado al sentimiento instantáneo que lo mortifica, aunque luego, y en diálogo animado con su más profundo recuerdo, rememore que él, y todos los suyos “Reposaban en un valle, al pie de cerros tapizados de vegetación menuda, donde la luz y el aire se divertían con variaciones de terciopelo verde”. 16 Memorias, imágenes: “El castillo (que surge a la orilla del mar”, la “luna pálida”, “El vuelo brusco y momentáneo de la brisa”, “el paisaje límpido.”17 Memorias e imágenes que lo conllevan al recuento definitorio de sus primeros años, cuando “Había dejado la ciudad nativa y su alegre ensenada” 18, para ir a constreñirse en una disciplina inusitada de estudios y privaciones existenciales, vaciando en moldes severos los “días vacantes de mi

juventud,”19

Distancias infinitas —no sólo mensurables en espacio— lo separan de la sencillez del origen y del quebrado deseo de haber asumido una vida menos severa y más participativa, en medio de lo que llama “nuestra tierra”, que, “Además es bendita (...), y por ello recibe el homenaje de los días espléndidos y de las noches solemnes.” 20; y a donde, por voluntad expresa “haré trasladar mis huesos el día que muera”, porque así se cumplirá el regreso a la tierra, a su ciudad, a esa tierra y esa ciudad que orgullosamente es “nuestra más antigua ciudad oriental”21, volviendo de esa manera “al pueblo de mi nacimiento, situado en medio de una vegetación lozana,”22

13“El episodio del nostálgico”. En *La Torre de Timón*.

14“El asno”. En *El cielo de esmalte*.

15“La vida del maldito”. En *Las formas del fuego*.

16“El familiar”. En *La Torre de Timón*.

17“La balada del transeúnte”. En *La Torre de Timón*.

18“El avènement de Sagitario”. En *La Torre de Timón*.

***Intervención en el VI Simposio de Docentes e Investigadores de la literatura Venezolana, Cumaná 1980.**

19“La vida del maldito”. En *Las formas del fuego*.

20“Al pie del cipo”. En *La Torre de Timón*.

21“El familiar”. En *La Torre de Timón*.

22“Los celos del fantasma”. En *Las formas del fuego*.